

Cuaresma 2017

SECRETARIADO
DE ESPIRITUALIDAD

Textos de los Santos Padres para la reflexión

MIÉRCOLES DE CENIZA

“De la penitencia hablaron, inspirados por el Espíritu Santo, los que fueron ministros de la gracia de Dios. Y el mismo Señor de todas las cosas habló también, con juramento, de la penitencia diciendo: *Por mi vida —oráculo del Señor—, juro que no quiero la muerte del malvado, sino que cambie de conducta; y añade aquella hermosa sentencia: Cesad de obrar mal, casa de Israel. Di a los hijos de mi pueblo: Aunque vuestros pecados lleguen hasta el cielo, aunque sean como púrpura y rojos como escarlata, si os convertís a mí de todo corazón y decís: “Padre”, os escucharé como a mi pueblo santo*” (Oficio de lectura. De la Carta de **San Clemente Primero**, Papa, a los Corintios (Caps. 7, 4-8, 3; 8, 5-9, 1; 13, 1-4; 19; 2: Funk 1, 71-73, 77-79, 87).

“Corran, ¡oh, hermanos míos!, para que no los sorprendan las tinieblas (Jn 12,35).

Sean vigilantes en orden a su salvación, sean vigilantes para que estén a tiempo. Ninguno llegue tarde al tiempo de Dios, ninguno sea perezoso en el servicio divino. Sean todos perseverantes en la oración, fieles en la constante devoción. Sean vigilantes mientras es de día; el día resplandece. Cristo es el día. Él está listo para perdonar a quienes reconocen su culpa pero también para punir a quienes defienden considerándose justos, aquellos que creen ser algo mientras no son nada.

Quien camina en su amor y en su misericordia, no se contenta con liberarse de los pecados graves y mortales, como lo son el delito, el homicidio, el robo, el adulterio; pero obra la verdad reconociendo también los pecados que se consideran menos graves, como son los pecados de la lengua, del pensamiento o del desenfreno en las cosas lícitas, y ven a la luz realizando obras dignas.

Aún los pecados menos graves, si los descuidas, proliferan y producen la muerte. Son pequeñas las

gotas que llenan los ríos. Son pequeños los granos de arena, pero si son numerosos, pesan y hacen daño. Una pequeña rajadura descuidada, que dentro de una nave deja entrar el agua poco a poco, produce el mismo efecto de una gran ola que irrumpe: si no es eliminada, hunde la nave. ¿Y qué significa eliminar, si no trabajar con buenas obras gimiendo, ayunando, dando limosnas, perdonando para no ser sumergidos por los pecados?” (San Agustín, Inlo. evang. 12, 13 s).

Ejercicios de la Cuaresma: la limosna, la oración, el ayuno

“Hermanos míos, hoy empezamos el gran viaje de la Cuaresma. Por lo tanto llevemos en nuestro barco todas nuestras provisiones de comida y bebida, colocando sobre el casco misericordia abundante que necesitaremos. Porque nuestro ayuno tiene hambre, nuestro ayuno tiene sed, si no se nutre de bondad, si no se sacia de misericordia. Nuestro ayuno tiene frío, nuestro ayuno falla, si la cabellera de la limosna no lo cubre, si el vestido de la compasión no lo envuelve.

Hermanos, lo que es la primavera para la tierra, la misericordia es para el ayuno: el viento suave de la primavera hace florecer todos los brotes de las llanuras; la misericordia del ayuno siembra nuestras semillas hasta la floración, estas dan fruto hasta la recolecta celestial. Lo que es el aceite para la lámpara, la bondad es para el ayuno. Como la materia grasa del aceite mantiene encendida la luz de la lámpara y, también con un pequeño alimento, la hace brillar para consuelo de todos en la noche, así también la bondad hace resplandecer el ayuno: desprende rayos hasta que alcanza el pleno esplendor de la continencia” (San Pedro Crisólogo (v. 406-450), Obispo de Rávena, doctor de la Iglesia. Sermón 8; CCL 24, 59; PL 52, 208).

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

Mt 4,1-11

Misericordia, humildad y vida cristiana

“¿Qué cosa se dijo, hermanos, qué cosa se dijo de nuestra Cabeza? Tú, Señor, eres mi esperanza; muy alto has colocado tu refugio. El mal no se te acercará ni el azote se aproximará a tu tienda (Sal 90,2-3). Es lo dicho hasta ahora. Él ha mandado a tus ángeles que te guarden en todos tus caminos (Sal 90,1 l). Son las mismas palabras que acabáis de oír cuando se leyó el evangelio. Prestad atención. Después de haber sido bautizado, el Señor ayunó (Mt 4,2). ¿Por qué quiso ser bautizado? Para que no desdeñásemos serlo nosotros. En efecto, cuando Juan decía al Señor: ¿Vienes tú a mí para que te bautice? Soy yo más bien quien debe ser bautizado por ti, el Señor le respondió: Deja eso ahora; conviene que se cumpla toda justicia (Mt 3,14-15). Quiso ejercitar la humildad, dejándose bautizar él que no tenía mancha alguna. ¿Con qué fin? Para salir al encuentro de la soberbia de los venideros.

Sucede a veces que un catecúmeno supere a muchos fieles en ciencia y buenas costumbres. Ve que muchos bautizados son ignorantes; que muchos otros no viven como él, es decir, con la misma castidad o continencia; mientras él es capaz de pasar sin la mujer, ve a veces a bautizados que, si no se entregan a la fornicación, al menos usan de la propia sin moderación alguna. Este catecúmeno podría engreírse y decir: «¿Qué necesidad tengo de ser bautizado? Lo más que puedo recibir es lo que tiene este fiel al que ya supero por mis costumbres y mi ciencia». A tal soberbio dice el Señor: «¿A quién eres superior? ¿En qué medida eres superior? ¿Acaso eres tú superior respecto de él como yo respecto de ti? No es el siervo más que su señor ni el discípulo más que su maestro. Al siervo le basta ser como su señor y al discípulo como su maestro (Mt 10,24-25) (San Agustín, Comentario al salmo 90, ll 6-7).

Vivir la Misericordia desde la oración y confianza en el Señor

“Dios mío, escucha mi clamor, atiende a mi súplica. ¿Quién es el que habla? Parece que sea uno solo. Pero veamos si es uno solo: Te invoco desde los confines de la tierra con el corazón abatido. Por lo tanto, se invoca desde los confines de la tierra, no es uno solo; y, sin embargo, es uno solo, porque Cristo es uno solo, y todos nosotros somos sus miembros. ¿Y quién es ese único hombre que clama desde los confines de la tierra? Los que invocan desde los confines de la tierra son los llamados a aquella herencia, a propósito de la cual se dijo al mismo Hijo: Pídemelo: te daré en herencia las naciones, en posesión, los confines de la tierra. De manera que quien clama desde los confines de la tierra es el cuerpo de Cristo, la heredad de Cristo, la única Iglesia de Cristo, esta unidad que formamos todos nosotros” (San Agustín, Salmo 60, 2-3: CCL 39, 766).

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

Mt 17, 1-9

Llamados a vivir la Misericordia en lo cotidiano de la vida

“Desciende, Pedro. Querías descansar en la montaña: descende, predica la palabra, insta a tiempo y a destiempo, arguye, exhorta, reprende con toda longanimidad y doctrina. Fatígate, suda, sufre algunos tormentos para poseer en la caridad, por la blancura y la belleza de las buenas obras, lo simbolizado en las blancas vestiduras del Señor. En efecto, cuando se leyó al Apóstol, le oímos decir en elogio de la caridad: *No busca sus cosas. No busca sus cosas*, puesto que dona las que posee. Lo mismo dice en otro lugar pero en términos más peligrosos, si no los entiendes bien. Pues, siempre con referencia a la caridad misma, el Apóstol, dando órdenes a los fieles, los miembros de Cristo, dice: *Nadie busque lo suyo, sino lo del otro*. Efectivamente, nada más oír esto, el avaro, como buscando lo ajeno en actitud de negociante, maquina fraudes para así embaucar a quien sea y buscar, en vez de lo propio, lo ajeno. Eche el freno la avaricia y suéltelo la justicia; escuchemos y comprendamos. Se dijo a la caridad: *Nadie busque lo propio, sino lo del otro*. Pero si tú, avaro, te opones a este precepto y prefieres ampararte en él para desear lo ajeno, renuncia a lo tuyo. Mas como te conozco, quieres poseer lo tuyo y lo ajeno. Cometes fraudes para obtener lo ajeno; sufre un robo que te haga perder lo tuyo. No quieres buscar lo tuyo, sino que quitas lo ajeno. Si haces esto, no obras bien. Oye, ¡oh avaro!; escucha.

En otro pasaje te expone el Apóstol con más claridad el texto: *Nadie busque lo suyo, sino lo del otro*. Dice de sí mismo: *Pues no busco mi utilidad, sino la de muchos, para que se salven*. Pedro aún no entendía esto cuando deseaba vivir con Cristo en el monte. Esto, ¡oh Pedro!, te lo reservaba para después de su muerte. Lo que te dice ahora es: «Desciende a fatigarte en la tierra, a servir en la tierra, a ser despreciado, a ser crucificado en la tierra. Descendió la vida para encontrar la muerte; bajó el pan para sentir hambre; bajó el camino para cansarse en el trayecto; descendió el manantial para tener sed, y ¿rehúsas fatigarte tú? No busques tus cosas. Ten caridad, predica la verdad; entonces llegarás a la eternidad, donde encontrarás seguridad» (San Agustín, Sermón 78. Mt 17, 1-9, nº 6. PL 38, 490-493. Tomo 10 de la BAC).

TERCER DOMINGO DE CUARESMA

Jn 4,5-42

La misericordia vivida como sembradores y segadores

“¿Acaso no decís vosotros que aún hay cuatro meses y viene la siega? Con ardor hervía por su obra y decidía enviar obreros. Vosotros contáis cuatro meses hasta la siega, yo os muestro otra mies blanca y preparada. He aquí que os digo: Levantad vuestros ojos y ved que los campos están ya blancos para la siega. Va a enviar, pues, segadores. Efectivamente, respecto a esto es verdadero el proverbio: que uno es quien siega, otro quien siembra. Así, quien siembra se alegra a la vez que quien siega. Yo os envié a segar lo que no habéis trabajado; otros han trabajado y vosotros habéis entrado en su labor.

¿Qué, pues? ¿Envió segadores, no sembradores? Segadores, ¿a dónde? Adonde ya otros han trabajado. Porque donde ya se había trabajado, se había sembrado, sí, y lo que se había sembrado había ya madurado, deseaba la hoz y la trilla. ¿A dónde, pues, había que enviar segadores? Adonde los profetas habían ya predicado, pues ellos son los sembradores porque, si no lo fueran, ¿cómo había llegado a la mujer lo de «Sé que un Mesías vendrá? Esa mujer era ya fruto maduro, las mieses estaban blancas y pedían la hoz. Os envié, pues. ¿A qué? A segar lo que no habéis sembrado. Otros sembraron y vosotros habéis entrado en sus labores. ¿Quiénes trabajaron? Abraham mismo, Isaac y Jacob. Leed sus labores: en todas sus labores hay profecía de Cristo; por eso son sembradores. Moisés, los demás patriarcas y todos los profetas, ¡cuánto aguantaron en el frío cuando sembraban!

En Judea, pues, la siega estaba ya preparada. Con razón hubo allí como una cosecha madura, cuando tantos miles de hombres llevaban el precio de sus cosas y, tras ponerlo a los pies de los apóstoles, expeditos los hombros de los fardos del mundo, seguían a Cristo el Señor. ¡Mies verdaderamente madura!

¿Qué ocurrió después? De la cosecha misma se arrojaron pocos granos, sembraron el orbe de las tierras y surge otra mies que ha de segarse al final del mundo. De esa cosecha se dice: *Quienes siembran con lágrimas, segarán con gozo.* A esa siega, pues, serán enviados no los apóstoles, sino los ángeles. *Los segadores, afirma, son los ángeles.* Esa mies, pues, crece entre la cizaña y aguarda ser purificada al final. En cambio, estaba ya madura la mies adonde primero fueron enviados los apóstoles: donde trabajaron los profetas. Pero en todo caso, hermanos, ved qué está dicho: *quien siembra se alegra a la vez que quien siega.* Tuvieron labores dispares en tiempo, pero disfrutarán igualmente de gozo, a una van a recibir en pago la vida eterna” (San Agustín, TRATADO 15. Nº 32. Comentario a Jn 4,1-42, predicado en Hipona en junio de 407. http://www.augustinus.it/spagnolo/commento_vsg/index2.htm).

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

Jn 9,1-41

Vivir la misericordia es no excluir a nadie de la sinagoga (Iglesia)

“En cambio, los que le excluyeron de la sinagoga permanecieron ciegos. La prueba es que acusaban al Señor porque era sábado el día que él hizo barro con su saliva y untó los ojos del ciego. En efecto, los judíos acusaban abiertamente al Señor hasta cuando curaba con sólo su palabra. De hecho nada obraba en sábado cuando decía unas palabras y se realizaba lo dicho. Se trataba claramente de una acusación infundada. Le acusaban cuando daba órdenes, cuando hablaba, como si ellos no hablasen en todo el sábado. Puedo afirmar que no sólo no hablaban en todo el sábado, sino ningún día, puesto que se apartaron de las alabanzas al verdadero Dios. Con todo, hermanos, según he dicho, se trataba claramente de una acusación infundada. Decía el Señor a un hombre: *—Extiende la mano; quedaba sano, y acusaban al Señor de curar en día de sábado. ¿Qué hizo? ¿Qué obra realizó? ¿Qué carga llevó a costas?*

...

Ciegos para su bien; mejor, ya no ciegos ni en el cuerpo ni en el corazón. Recibió el barro hecho con saliva, se le untaron los ojos, se llegó a Siloé, lavó allí su cara, creyó en Cristo, vio, no quedó dentro de aquel juicio terrible en extremo: *Yo he venido a este mundo para un juicio: para que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos.*

¡Pánico enorme! *Para que los que no ven, vean.* Nada que decir; es el deber del Sanador, es lo propio de la medicina: *para que vean los que no ven.* ¿Qué significa, Señor, lo que añadiste: *Para que los que ven, se vuelvan ciegos?* Bien entendido, es lo más verdadero y lo más correcto. —«Con todo, ¿quiénes son *los que ven?*». —«Los judíos». —«¿Luego ven?» —«Si nos atenemos a sus palabras, ven; si nos atenemos a la verdad,

no ven». —¿Qué significa, entonces, ese *ven?*» —«Se figuran ver, creen ver». De hecho, creían ver cuando defendían la ley contra Cristo: *Nosotros sabemos; luego ven.* ¿Qué significa: *Nosotros sabemos, sino: nosotros vemos?* ¿Qué significa: *Que este hombre no viene de Dios, porque de esa manera viola el sábado?* Ven, pues: leían lo que decía la ley. Pues estaba mandado que se lapidase al que quebrantara el sábado. Por esa razón decían que Cristo no venía de Dios; pero, viendo, eran ciegos, porque el juez de vivos y muertos vino al mundo para un juicio.

¿Con qué fin vino? *Para que vean los que no ven, para que sean iluminados los que reconocen su ceguera; y los que ven se vuelvan ciegos, esto es, para que los que no reconocen su ceguera se endurezcan más.* En última instancia, se cumplió: *Para que los que ven vuelvan ciegos:* los defensores de la ley, los expositores de la ley, los doctores de la ley, los conocedores a fondo de la ley crucificaron al autor de la ley. ¡Oh ceguera! Es la que le sobrevino a una parte de Israel pues, para que Cristo fuese crucificado y entrase a él la totalidad de los gentiles, a una parte de Israel le sobrevino esta ceguera. ¿Qué significa: *para que los que no ven, vean?* *Para que entrase la totalidad de los gentiles, le sobrevino la ceguera a una parte de Israel.* El orbe entero se hallaba ciego, pero vino él *para que vean los que no ven y los que ven se vuelvan ciegos.* Los judíos lo ignoraron, los judíos lo crucificaron: con su sangre hizo un colirio para los ciegos. Hechos más duros y ciegos, los que se jactaban de ver la luz crucificaron a la Luz. ¡Qué ceguera tan grande! Dieron muerte a la Luz, pero la Luz crucificada iluminó a los ciegos” (San Agustín. Sermón 136. N^{os} 3-4. PL 38, 750-754. Tomo de la BAC n^o 23).

QUINTO DOMINGO DE CUARESMA

Jn 4,5-42

Vivir la misericordia desde la reconciliación. Confesar los pecados es salir del sepulcro

“Entre todos los milagros que hizo nuestro Señor Jesucristo, se predica principalmente la resurrección de Lázaro. Pero, si observamos quién lo realizó, debemos deleitarnos más que asombrarnos. Resucitó a un hombre el que hizo al hombre, pues ese mismo es el Único del Padre, mediante el cual, como sabéis, se hizo todo. Si, pues, mediante él se hizo todo, ¿qué tiene de particular si mediante él ha resucitado uno solo, cuando tantos nacen mediante él cotidianamente? Más es crear a los hombres que resucitarlos. Se ha dignado empero crear y resucitar: crear a todos, resucitar a algunos. Por cierto, aunque el Señor Jesús hizo muchas cosas, no todas están escritas; ese mismo evangelista san Juan testimonia que el Señor Cristo dijo e hizo muchas cosas que no están escritas; ahora bien, para ser escritas se han elegido las que parecían bastar a la salvación de los creyentes. Has oído, en efecto, que el Señor Jesús resucitó a un muerto; te basta para saber que, si quisiera, resucitaría a todos los muertos, mas se reservó ciertamente esto para «el final del mundo» porque, como asevera ese mismo acerca del que habéis oído que con un gran milagro resucitó del sepulcro al muerto cuatriduano, vendrá una hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán. Resucitó a un hediondo, pero en todo caso estaba aún en el cadáver hediondo la forma de los miembros; aquél, a una única voz, en el último día va a restituir las cenizas a su primitivo estado de carne. Pero era preciso que de momento hiciera algunas cosas para que, dados cual indicios de su energía, creamos en él y nos preparemos a la resurrección que acontecerá para vida, no para castigo, puesto que asevera así: Vendrá una hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz y quienes obraron bien saldrán para resurrección de vida; quienes obraron mal, para resurrección de juicio.

Quitaron, pues, la piedra. Jesús, por su parte, elevados a lo alto los ojos, dijo: Padre, te doy gracias porque me escuchaste; por mi parte, yo sabía que siempre me escuchas; pero lo dije por el pueblo que está alrededor, para que crean que tú me enviaste. Como hubiese dicho esto, gritó con fuerte voz. Bramó, derramó lágrimas, gritó con fuerte voz. ¡Qué difícilmente se levanta ese a quien aplasta la mole de una costumbre mala! Pero en todo caso se levanta: lo vivifica dentro la oculta gracia; se levanta tras la fuerte voz. ¿Qué ha sucedido? Gritó con fuerte voz: ¡Lázaro, ven afuera! Y el que había muerto se presentó al instante, atado con vendas las manos y los pies, y su faz estaba cercada por un sudario. ¿Te asombras de cómo se presentó atados los pies, y no te asombras de que resucitó cuatriduano? En una y otra cosa estaba la potencia del Señor, no las fuerzas del muerto. Se presentó, y aún está atado; aún envuelto, se presentó empero ya afuera. ¿Qué da a entender? Cuando desprecias, yaces muerto; y, si desprecias tantas cosas cuantas he dicho, yaces sepultado; cuando confiesas, te presentas. En efecto, ¿qué es presentarse, sino manifestarse cual saliendo de escondites? Pero que confieses, Dios lo hace gritando con fuerte voz, esto es, llamando con gran gracia. Por eso, como el muerto se hubiese presentado aún atado, confeso y reo aún, para que sus pecados fuesen soltados, el Señor dijo esto a los ministros: Desatadlo y dejadlo irse. ¿Qué significa: Desatadlo y dejadlo irse? Lo que hayáis desatado en la tierra, quedará desatado también en el cielo” (San Agustín. TRATADO 49. N.ºs 1 y 24. Comentario a Jn 11, 1-54, predicado en Hipona en otoño de 414.. http://www.augustinus.it/spagnolo/commento_vsg/omelia_49_testo.htm).

DOMINGO DE RAMOS

Mt 26, 14-27,66

Bendito el que viene, como rey, en nombre del Señor

“Porque el que va libremente hacia Jerusalén es el mismo que por nosotros, los hombres, bajó del cielo, para levantar consigo a los que yacíamos en lo más profundo y colocarnos, como dice la Escritura, *por encima de todo principado, potestad, fuerza y dominación, y por encima de todo nombre conocido*.

Y viene, no como quien busca su gloria por medio de la fastuosidad y de la pompa. *No porfiará —dice—, no gritará, no voceará por las calles*, sino que será manso y humilde, y se presentará sin espectacularidad alguna.

Ea, pues, corramos a una con quien se apresura a su pasión, e imitemos a quienes salieron a su encuentro. Y no para extender por el suelo, sino para prosternarnos nosotros mismos, con la disposición más humillada de que seamos capaces y con el más limpio propósito, de manera que acojamos al Verbo que viene, y así logremos captar a aquel Dios que nunca puede ser totalmente captado por nosotros.

Alegrémonos, pues, porque se nos ha presentado mansamente el que es manso y que *asciende sobre el ocaso* de nuestra ínfima vileza, para venir hasta nosotros y convivir con nosotros, de modo que pueda, por su parte, llevarnos hasta la familiaridad con Él. (De los Sermones de San Andrés de Creta, Obispo (Sermón 9 sobre el Domingo de Ramos: PG 97, 990-994).

Gloriémonos en la cruz de Cristo, con una vida continua de santidad

“Celebramos con toda solemnidad el misterio grande e inefable de la pasión del Señor. Misterio que a decir verdad, nunca ha estado lejos ni del altar al que asistimos ni de nuestra boca y frente, para que retengamos siempre en el corazón lo que continuamente nos presentan los sentidos corporales. No obstante, esta solemnidad anual ocupa mucho más a la mente en el recuerdo de tan gran acontecimiento, para que lo que cometió hace muchos años la maldad de los judíos en un único lugar y sus ojos vieron, sea contemplado ahora en todo el orbe de la tierra con la mirada de la fe, cual si hubiera tenido lugar hoy mismo. Si aquellos contemplaban entonces de buen grado el resultado de su crueldad, ¡con cuánto mayor agrado hemos de revocar, ayudados por la memoria, a nuestras mentes lo que piadosamente creemos! Si ellos miraban con placer su maldad, ¿no hemos de recordar nosotros, con gozo mayor aún, nuestra salvación? En aquel único acontecimiento se manifestaban los crímenes actuales de ellos y se borraban también los nuestros futuros. Más aún, donde detestamos las maldades cometidas, por ellos, allí mismo nos alegramos del perdón de las nuestras. Ellos obraron la maldad, nosotros celebramos la solemnidad; ellos se congregaron porque eran crueles, nosotros porque somos obedientes; ellos se perdieron, nosotros fuimos encontrados; ellos se vendieron, nosotros fuimos rescatados; ellos le miraban para insultarle, nosotros lo adoramos llenos de veneración. En consecuencia, Cristo crucificado es, para los infieles, escándalo y necedad; para nosotros, en cambio, el poder y la sabiduría de Dios” (San Agustín comenta el evangelio. Mt 26, 14-27,66. PLS 2, 543-545. Tomo de la BAC 24. Sermón 218 B).

TRIDUO PASCUAL

«Es preciso que observemos no sólo el día de la pasión, sino también el de la resurrección. En esto consiste el Triduo sacro, en el que Cristo padece, reposa en el sepulcro y resucita» (SAN AMBROSIO, Ep. 23, 12-13).

Jueves Santo

Jesús vive la misericordia desde la humildad

“Sabedor, pues, de esto, se levanta de la cena y depones tus vestidos y, como hubiese tomado un paño, se ceñió. Después pone agua en el barreño y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secarlos con el paño con que estaba ceñido. Debemos, dilectísimos, observar diligentemente la intención del evangelista. En efecto, quien iba a hablar de tan gran abajamiento del Señor, quiso primero encarecer su excelsitud. A esto se refiere lo que asevera: Sabedor de que el Padre le puso todo en las manos, y de que de Dios salió y a Dios va. Aunque, pues, el Padre le había puesto todo en las manos, de los discípulos lava él no las manos, sino los pies; y, aunque sabía que él había salido de Dios y se dirigía a Dios, desempeñó no el oficio del Dios Señor, sino el de un hombre esclavo. Por otra parte, a esto se refiere también el haber querido hablar primeramente de su traidor, que había venido cuando era ya de esa ralea, al cual él no desconocía tampoco; así a este máximo colmo de abajamiento se sumaría el no haberse desdeñado de lavar los pies incluso a ese cuyas manos preveía metidas en el crimen.

Por otra parte, ¿qué tiene de particular, si se levantó de la cena y depuso sus vestidos quien, aunque existía en forma de Dios, se vació a sí mismo? Y ¿qué tiene de particular, si se ceñió con un paño quien, al tomar forma de esclavo, en el porte fue hallado como hombre? ¿Qué tiene de particular, si en el barreño echó agua con que lavar los pies de los discípulos quien al suelo derramó su sangre con la que diluir la inmundicia de los pecados? ¿Qué tiene de particular, si con el paño con que estaba ceñido secó los pies que había lavado quien

con la carne de que estaba vestido consolidó las huellas de los evangelistas? Y, por cierto, para ceñirse con el paño, depuso los vestidos que tenía; en cambio, para tomar forma de esclavo cuando se vació a sí mismo, no depuso lo que tenía, sino que asumió lo que no tenía. Para ser crucificado fue enteramente despojado de sus vestidos; muerto, fue envuelto en paños y esa su entera pasión es nuestra purificación. Así pues, quien iba a padecer desastres, presentó sus respetos no sólo a esos por quienes iba a sufrir la muerte, sino incluso a quien iba a entregarlo a la muerte. Por cierto, es tanta la utilidad del abajamiento humano, que incluso lo recomendó con su ejemplo la sublimidad divina, porque el hombre soberbio perecería para siempre, si el Dios humilde no lo hallase, pues vino el Hijo del hombre a buscar y hacer salvo lo que había perecido. Ahora bien, había perecido por seguir la soberbia del embaucador; siga, pues, una vez hallado, el abajamiento del Redentor” (San Agustín. TRATADO 55.Nos. 4-7. Comentario a Jn 13, 1-5, dictado en Hipona, probablemente el sábado 15 de noviembre de 419. http://www.augustinus.it/spagnolo/commento_vsg/omelia_55_testo.htm).

Viernes Santo

Vida de misericordia, plagada de negaciones

“Pero el evangelista, tras haber dicho que *Anás* lo había enviado *atado a Caifás*, ha regresado al lugar de la narración donde había dejado a Pedro, para exponer lo que en casa de Anás había acontecido respecto a su triple negación. Afirma: *Por su parte, Simón Pedro estaba parado y calentándose*. Esto recapitula lo que había dicho ya antes; después une lo que se siguió. *Le dijeron, pues: «¿Acaso también tú eres de sus discípulos?» Él negó y dijo: «No soy»*. Ya había negado una vez; he ahí que niega de nuevo. Después, para que se cumpla la tercera negación, *uno de los esclavos del pontífice, pariente de ese cuya oreja cortó Pedro, dice: «¿No te vi yo en el huerto con él?» Pedro, pues, negó de nuevo e inmediatamente cantó un gallo*. He ahí que se ha cumplido la predicción del Médico y ha quedado convicta la presunción del enfermo, pues no ha sucedido lo que éste había dicho: *Mi vida depondré por ti*, sino que ha sucedido lo que aquél había predicho: *Tres veces me negarás*. Pero, acabada la triple negación de Pedro, acábese ya también este sermón, para que a partir de otro exordio consideremos después lo que respecto al Señor se llevó a cabo ante el gobernador Poncio Pilato (San Agustín. Tratado 113. Nº 6. Comentario a Jn 18,13-27, dictado en Hipona, probablemente el sábado 12 de junio de 420. http://www.augustinus.it/spagnolo/commento_vsg/omelia_113_testo.htm).

Sábado Santo

Los antiguos reciben la misericordia salvadora por el descenso de Cristo a los infiernos

Por este motivo el Señor «descendió a los lugares inferiores de la tierra» (Ef 4,9) para anunciarles la Buena Nueva de su venida, para el perdón de los pecados de quienes creyeron en él. Y en él creyeron todos los que esperaban en él (Ef 1,12), es decir, los justos, profetas y patriarcas que pre-anunciaron su venida y se pusieron al servicio de sus Economías. A ellos, al igual que a nosotros, se les perdonaron sus pecados, que ya no podemos imputarles porque despreciaríamos la gracia de Dios (Gál 2,21). Así como ellos no nos condenan por nuestras incontinencias cometidas antes de que Cristo se manifestara en nosotros, así tampoco es justo que nosotros condenemos a quienes pecaron antes de que Cristo viniese. Pues «todos están privados de la gloria de Dios» (Rom 3,23), pero quienes vuelven sus ojos hacia la luz están justificados, no por sí mismos sino por la venida de Cristo.

Sus acciones se han puesto por escrito para instrucción nuestra (1 Cor 10,11), a fin de que, ante todo, supiésemos que uno solo es el Dios [1059] suyo y nuestro, al cual no le agrada el pecado, aunque lo cometiesen personas notables; y por ello debemos apartarnos del mal. Pues, si los antiguos que nos han precedido en los dones de Dios, por los cuales el Hijo de Dios aún no había padecido, sufrieron tales ignominias cuando faltaron en algo sirviendo a las pasiones de la carne, ¿cuánto más han de sufrirlas quienes ahora han despreciado la venida de Cristo y se han puesto al servicio de sus pasiones? También a aquéllos la muerte del Señor les perdonó los pecados; en cambio, por aquellos que ahora pecan «Cristo ya no muere,

pues la muerte no tiene dominio sobre él» (Rom 6,9); sino que el Hijo vendrá en la gloria del Padre (Mt 16,27) para exigir de los administradores el dinero que les entregó para que lo hiciesen producir (Mt 25,14-30), y a quienes dio más, más les exigirá (Lc 12,48).

Por eso decía aquel presbítero, no debemos sentirnos orgullosos ni reprochar a los antiguos; sino hemos de temer, no sea que después de conocer a Cristo hagamos lo que no agrada a Dios, y en consecuencia no se nos perdonen ya nuestros pecados, sino que se nos excluya de su Reino. Pablo dijo a este propósito: «Si no perdonó las ramas naturales, él quizá tampoco te perdone, pues eres olivo silvestre injertado en las ramas del olivo y recibes de su savia» (Rom 11,21.17)” (San Ireneo: Contra los Herejes V. nº 3.15. <http://www.mscperu.org/teologia/Padres/Ireneo/ContraHerejes/IreneoAH5.htm>).

